

INTRODUCCIÓN AL RETIRO ESPIRITUAL

Santiago, 16.08.2020

Jesús es la fuente de la visibilidad, de la credibilidad y de la fecundidad vocacional de todo ministro del Señor. Cuando esto se da, renace el encanto por la vida sacerdotal. Para ello no hay duda, hay que volver los ojos hacia el Señor. Y caminar “con los ojos fijos en Jesús, el que inicia y consuma la fe” (Heb 12, 2) y es el mejor testigo y maestro en radicalidad evangélica.

Cristo ocupa no solo el centro de la historia de la Iglesia sino también de la historia de la humanidad y de nuestro reencantamiento por nuestra vida sacerdotal. Todo se recapitula en él (Col 1,15-20). Para ello es importante que nuestras vidas sean intensamente apasionadas por él. Cristo “es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de todas las aspiraciones” (Pablo VI). Es el corazón de la vida de nosotros sacerdotes.

¿Qué va a ser este Retiro Espiritual? Un encuentro con Cristo y un encuentro con uno mismo para aquilatar nuestra experiencia interior después de cuatro meses de pandemia, angustias, novedades, aprendizajes, vulnerabilidades, etc., allí donde el Verbo de Dios ha puesto su tienda para compartir la vida con nosotros. Un encuentro que nos devuelve el encanto por la vida, la vida cristiana y la vida sacerdotal y nos llena de vida. Así experimentada, la vida lleva a descubrirlo como fuente de vida, manantial de vida. También en forma virtual se puede vivir intensamente una experiencia espiritual y a través de este medio Dios nos va hablar. Va a ser entonces:

1. Un tiempo fuerte de experiencia de Jesús; unos días para ser intensamente discípulos y estar en su compañía (“Los llamó para que estuvieran con Él” –Mc 3,13–).

- de tomar conciencia y renovar nuestra fe en la presencia de Cristo y disfrutar de esa presencia (Doc. Sac. Lit. 7-8) que viene acompañada, sobre todo, del don de la paz y de la alegría, de la fuerza;
- de escucha atenta de su mensaje lleno de inspiración y de su palabra transformante; Él nos va a hablar; y ojalá encuentre en nosotros a un Samuel que le diga “habla Señor que tu siervo escucha” (1Sam 3,10)
- de hablarle como lo hacen los amigos que se quieren, expresándole interrogantes como Nicodemo, reclamos como Job, angustias como el centurión y la mujer siro-fenicia, cariño como María de Magdala y Pedro, invitándolo a quedarse y compartir nuestra mesa como los muchachos de Emaús.
- de secundar su acción misteriosa manifestada en la luz que ilumina un rostro, el de Cristo, que se transforma en un camino a seguir y en una fuerza para seguir lo que se ha visto y contemplado.
- Esa acción se realiza en el mundo y en cada uno de nosotros, y forma parte de todo un proceso de cristificación iniciado con el bautismo y en todo el cosmos con la resurrección de Cristo.

Esto se realiza en el contexto de un encuentro. El sentido profundo de la presencia, del mensaje y de la acción del Señor solo se entiende en la acción misteriosa del encuentro con Cristo. “*Mane nobiscum, Domine...*” (Quédate con nosotros Señor). Solo en ese encuentro con Él quedamos fascinados por su persona y llenos de admiración y de cariño por él. En ese encuentro nuestra vida (*homo viator*) es relevante para Jesús, que camina con nosotros, se interesa, acoge, pregunta, explica, alimenta. La fascinación por Jesús tiene un anclaje en ese “centro” donde se abrazan Él y nuestra vida con todo lo que hay en ella de luminoso, oscuro, bello, doloroso, frágil, de santidad y de pecado. De ese encuentro nacen los deseos y los movimientos internos:

- Para que Jesús llegue a ser el centro de nuestra vida de cada día; que esté en lo más profundo e íntimo de mi persona, en el núcleo de la misma. La palabra "centro" es una palabra rica, es un símbolo, arquetipo. No está en la superficie, está en el interior...ahí donde la horizontal se junta con la vertical. Y así uno se apasione por Él y se re-encante por la vida sacerdotal. Es una experiencia.
- Para que aparezca un camino a seguir para ahondar y compartir esta experiencia.
- Para que en este encuentro nazca un nuevo y apasionado amor a Jesús que renueve y consolide nuestra elección primera (Fil. 4,13) y salga muy espontáneo de nuestros labios: ¡es el Señor!

El objetivo último de este Retiro Espiritual es contemplar a Jesucristo, ponerlo ante nuestros ojos para que nuestro corazón arda, disfrute con su compañía y se mueva hacia Él con renovada intensidad y profundo afecto. Así nacerá una intensa caridad pastoral que nos mueva a ser misioneros. Poner a Cristo en nuestro corazón, en nuestros labios y a nosotros mismos en el corazón de Jesús. “Buscarte haz en mi corazón y yo buscar he mi corazón en el tuyo” (Santa Teresa). De ahí nace el verdadero encanto por la vida sacerdotal. Y por Jesús entramos en el corazón de la Trinidad: al Padre, por Cristo en el Espíritu, con y como María. A Cristo lo contemplamos como alguien al que amamos y lo hacemos apasionadamente y eso nos deja con un encanto especial.

2. Vivir unos días en nuestras casas concentrados en Dios y en nosotros mismos.

Ese ambiente está hecho de:

- Silencio para poder escuchar y dejar hablar. El Señor solo habla a través de la voz sutil del silencio (1 Reyes, 19,12). Todos tenemos necesidad de un silencio que permita al Otro hablar, cuando y como quiera y a nosotros comprender su mensaje (Orientale lumen, 16).
- Atención para despertar y ver al Señor que está entre nosotros (Rom 13,11); ello presupone salir del sueño y estar descansado y sereno (Mc 6,30-33) y tener una quietud tal que nos permita ser nosotros mismos y llegar a nosotros mismos (serenidad y concentración). Solo abriendo los ojos y caminando a la luz del día advirtamos algunos de los peligros o tentaciones propias de nuestra realidad o existencia de sacerdotes cuando no acertamos a estar en el corazón de Cristo y de la Iglesia.
- Sencillez, claridad y espontaneidad para hablar al Señor; nuestras palabras son una respuesta a sus preguntas o a sus llamadas.
- Lucidez, generosidad y disponibilidad interior para reconocer y secundar las mociones del Espíritu de Jesús. En estos días habrá llamadas del Señor a cada uno de nosotros. Algunas nuevas y otras repetidas.
- Cariño para poder amar a los que están cerca y a los que están lejos.

3. Realizar actividades apropiadas.

Realizar obras que vienen de la luz y propias del día (1 Tes 5,5).

- Oración abundante.
- Escucha atenta de orientaciones y reflexiones.
- Discernimiento personal.
- Celebrar este camino: agradecer esta gracia y alabar al Señor por ella.
- Determinarse a amar más y servir mejor, que son las condiciones y los efectos de la persona que se encanta de alguien y de algo.
- Decidirse a ser más discípulo y más misionero.
- Mirar desde el corazón la vida: Regálame más corazón.
- Ganar en compasión.

Todo esto es importante, pero no tiene ningún sentido si no se descubre que el Espíritu Santo es el gran dinamizador de este Retiro, orientados a centrar la vida en Jesús, pan de vida y bebida de salvación y quedar fascinados por él. Nuestra tarea fundamentalmente consiste en darnos cuenta de esa acción misteriosa y secundarla. La meta es llegar a experimentar la fuerza de la resurrección del Señor por la que nace en nosotros un nuevo amor. Por ese amor podemos ser seducidos por Jesús, como la experiencia del profeta Jeremías que fue seducido y, sobre todo, se dejó seducir (Jr 20,7). Dios llama siempre, siempre intenta seducir, lo que cambia la historia es el momento que respondemos y nos dejamos seducir y desde ese momento todo cambia en nuestras vidas (Fil 3,8-12).

4. Acoger un contenido y un mensaje que nos llega para orientar nuestra experiencia personal.

Este mensaje llegará a través de las reflexiones y orientaciones que se irán ofreciendo para esta andadura; contribuirán a mostrar y compartir un camino, a clarificar lo que está oscuro y saber lo que hay que hacer y lo que hay que pedir. Estas reflexiones girarán, fundamentalmente, en torno a Jesús y al modo de centrar la vida en Jesús, y recuperar vida, entusiasmo, encanto por la vida y el ministerio sacerdotal.

Se busca que Jesús sea la palabra definitiva para cada uno de nosotros (Heb. 1,1- 4), nuestro maestro y compañero de ruta de cada jornada; más aún, que se transforme en nuestra vida (Fil 1,21); que Jesús esté en centro de nuestra vida y que nuestra vida esté en el corazón de Jesús; que se convierta en nuestro fundamento ya que no se puede edificar nada consistente sin un buen fundamento; así nos vamos haciendo sus discípulos. Y partiremos en misión, seremos más misioneros, algo que es tan suyo.

5. Cada etapa de estos días o cada jornada incluye

- Laudes y Reflexión de la mañana.
- Reflexión de la tarde y vísperas.
- Completas y reflexión de síntesis antes de nuestro descanso.
- Personalmente reservemos nuestros tiempos personales de oración y resonancia: en el corazón de Jesús y de María lo principal de la jornada; ayuda a decantar y ahondar, a simplificar y unificar todo lo que vamos viviendo en estos ejercicios de encuentro con Cristo, pan de vida partido para la salvación del mundo.

6. Un método a seguir

Los ejercicios espirituales, según San Ignacio, son más oración/deseo/contemplación/consolación, que reflexiones personales o discursos de otros y pueden ser una gran ayuda durante estos días. El objetivo es “preparar y disponer el alma para liberarse de todas las afecciones desordenadas y, después de haberlas eliminado, para buscar y encontrar la voluntad de Dios en la organización de la propia vida en vistas de la salvación del alma” (EE. 1). Observen bien la secuencia: en primer lugar, identificar el desorden en el que vivimos, para removerlo; a continuación, buscar la voluntad de Dios, para reorganizar la propia vida.

El contenido de la oración es la propia vida, la que se está llevando en el presente, en su complejidad, con sus ambigüedades, con sus luces y sombras. La oración, en los Ejercicios Espirituales, es específicamente el personal. No se reza para pedir perdón o por querer mejorar; no son los deseos de conversión los que mantienen la oración: ¡lo que depende de mí no es un cambio realizado con un esfuerzo de voluntad, sino la súplica! (Yo solo puedo suplicar a Dios que me convierta, yo no me puedo convertir por mí mismo, en forma voluntarista). Se reza para reordenar la propia vida, y mirándola como Dios la ve (contemplación), para quererla como Dios la quiere (la elección).

La oración personal, el ejercicio fundamental si no único, debería durar “una hora completa, y más bien más que menos. En efecto, el demonio trata por todos los medios de acortar el tiempo” (EE. 12). Y, lo más decisivo, tendrá que “despertar los afectos” (EE 3), conmover, agitar, de modo que cuando “el ejercitante no recibe ningún movimiento espiritual en el alma... y ni siquiera es agitado por algún espíritu, debe investigar cuidadosamente si hace los ejercicios en los tiempos establecidos y la forma en que los hace” (EE 6). Si no sucede nada, o apenas nada, no se está haciendo nada o apenas...

Aún dos notas importantes. “Es muy útil que el que hace los ejercicios los emprenda con ánimo abierto y generoso hacia su Creador y Señor, poniendo a Su disposición toda su voluntad y la libertad, de modo que su divina Majestad pueda disponer de él y de cuanto posee según su santísima voluntad” (EE 5). Dios no se deja ganar en generosidad: nos dará siempre más, y mejor, de cuanto nosotros seamos capaces de entregarle. A esta primera sugerencia sobre la actitud básica del ejercitante hacia su Dios, se añade un consejo práctico sobre cómo hacer la oración: “donde encuentro lo que quiero, me detendré allí, sin tener prisa para seguir adelante, hasta que esté completamente satisfecho” (EE 76).

7. Esfuerzo de renovación, experiencia de Dios.

El tipo de vida nuestro, tan volcado a la actividad y con tan pocas prácticas de piedad, tiene el riesgo de hacernos caer en el frenesí del activismo, con su triple secuela: cansancio físico, 'stress' psíquico, y superficialidad espiritual que, en lugar de convertirnos en ‘contemplativos en la acción’, nos hace ser, en el mejor de los casos, eso que hoy se llama 'workaholic' (adictos al trabajo - trabajólicos), si es que no, y este es el peor de los casos, simples 'funcionarios' más que misioneros.

La única manera de contrarrestar esas consecuencias negativas del activismo y, por consiguiente, de darle hondura a nuestra vida, de ganar en significatividad y de llenarla de dinamismo que nos haga vivir no 'burocráticamente' (haciendo lo que tenemos que hacer) sino

'creativamente' (a imagen de nuestro Dios y Padre Creador, cf. Jn 5, 17-18) y 'salvíficamente' (prolongando la acción redentora del Señor Jesús cf. Hech 3, 1-10), es volviéndonos contemplativos en la oración. En la intimidad con el Señor volveremos a recordar que el 'dueño' de la vid y de la mies es Él, que "el que da crecimiento a la semilla" es Él, que el que marca los ritmos es Él. De igual modo, en la intimidad con Él aprenderemos los secretos de su Reino, ahondaremos en su plan de salvación y haremos nuestra su caridad pastoral (cf. grito de Jesús en la cruz "tengo sed" Jn 19,28, a la luz del diálogo de Jesús con la Samaritana: "Dame de beber" Jn 4, 7).

Los medios privilegiados son tres:

1) escuchar la Palabra de Dios,

la capacidad de ser "fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos, y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación", siempre y cuando la acojamos incondicionalmente como María, la atesoremos en el corazón y la hagamos fructificar;

2) discernir su voluntad,

que es, en última instancia, lo que importa, y de la que depende nuestra felicidad: despojarnos de nuestra voluntad como un absoluto, para que, abiertos a Dios, seamos fuente o manifestación de su ser. Cristo es la luz de los pueblos (LG 1) y nosotros su sacramento. Nuevamente aquí María se nos ofrece como modelo de búsqueda de la voluntad de Dios en su vida (cf. Anunciación Lc 1,26-38). Este discernimiento, más que un hecho puntual - como recurso para momentos de crisis o de toma de decisiones importantes -, debe ser una actitud de vida que nos lleve a buscar "la voluntad de Dios, esto es, lo que es bueno, lo que es agradable a Él, lo perfecto" (Rom 12,2b).

3) purificar el corazón,

lo que implica rectificar y madurar motivaciones y significados (hay que ver el valor que tienen, hoy en día, los 'significados', cfr. la Logoterapia o "la búsqueda del sentido de la vida" de Víctor Frankl), y purificar sentimientos desordenados o por la vía de la excesiva dependencia de manifestaciones externas de afecto y valoración o por la vía del resentimiento, la amargura y la frustración.

El fruto es doble y no podría ser más apetecible: primero, ganar en unidad interior, justamente cuando todo favorece la desintegración, a veces hasta conducir a situaciones patológicas, por la línea de la esquizofrenia o la neurosis; segundo, avivar la espera del Señor, que al retardar su venida podría llevarnos a dejar de aguardarle y a buscar simplemente sobrevivir. De alguna manera esto es a lo que está conduciendo esta era en que se proclama la 'muerte de las utopías'.

8. Conclusión

A cada uno le quiero transmitir una doble convicción: Cristo es el que pone fuego en nuestro corazón. Nos lo cuentan los muchachos de Emaús. La segunda convicción es más bien propuesta: la pasión por Cristo nos tiene que apasionar por la humanidad; por ser sacerdotes.

Un buen consejo de entrada; no aplazar la conversión que toca hacer ahora. Ya se trate de la conversión del corazón, de las costumbres o intelectual. Hay una pérdida de energía en el vivir del propio capricho. Muchas veces nos llega la invitación a plegarnos. El evangelio nos invita a un

cambio de mentalidad; nos invita a plegarnos a los criterios de Jesús y a su lógica y al sentir del Espíritu. Cada uno de nosotros es pobre, pequeño y pecador (PPP) y esto no necesita explicación. Somos algo personal e intransferible; tenemos un nombre puesto por Dios y cada uno estamos en las manos de Dios (Sab. 3,19).

Me viene a la mente la historia de aquel monje “bueno y conformista”, que va a su Abad a pedir un consejo para mejorar su vida, según los relatos de los Padres del desierto:

Sucedió una vez – se cuenta – que Abbá Lot fue a encontrar a Abbá José y le dijo:

- Abbá, por cuanto puedo sigo una pequeña regla, practico todos los pequeños ayunos, hago un poco de oración y meditación, me mantengo sereno y, por lo que me es posible, conservo puros mis pensamientos. ¿Qué más debo hacer?

Entonces el viejo monje se puso de pie, alzó las manos al cielo y sus dedos se convirtieron en diez antorchas de fuego. Y dijo:

- ¿Porqué no te transformas en fuego?

He aquí el objetivo: ¡transformarnos en fuego! “Calentar el corazón” no significa otra cosa que transformarse en fuego, tener los pulmones llenos de Espíritu Santo.

Ser y hacer, contemplación y acción, oración y vivir proféticamente, estar totalmente unidos a Cristo y completamente insertos en el mundo con Él como un cuerpo apostólico: todas estas polaridades marcan profundamente la vida de un sacerdote auténtico y expresan a la vez su esencia y sus posibilidades. Los Evangelios muestran a Jesús en relación profunda y amorosa con su Padre y, al mismo tiempo, completamente entregado a su misión en medio de los hombres y mujeres. Está continuamente en movimiento: desde Dios, para los demás. Este es también el modelo de vida sacerdotal: con Cristo en misión, siempre contemplativos, siempre activos.

Esa es la gracia, y también el desafío creativo, de nuestra vida sacerdotal apostólica, que debe vivir esta tensión entre oración y acción, mística y servicio.

9. Oración

Jesús, tú me conoces con verdad y con amor.

Abre mis ojos para verte, mis oídos para escucharte

y mi corazón para **encontrarte**

y **amarte apasionadamente.**

Hazme las preguntas que quieras y las llamadas que desees

y dame tu gracia para responderte

y para decirte, Amen.

+ Alberto Lorenzelli Rossi
Vicario para el Clero